

C14

000 199 649

CRÍTICA DE TEATRO:

"Gente de Bar"

■ Un trago demasiado amargo.

El "Maxim Bar", un restaurante y atractivo bar en la comuna de Ñuñoa —a imitación de un "pub" inglés—, es el sugerente espacio donde transcurrir la obra *Gente de Bar*, de Gerardo Werner, estrenado recientemente en la Sala Mañada, como parte de esta "efervescencia" veraniega en los teatros santiaguinos.

Dentro de la dramaturgia chilena, son escasos los antecedentes y títulos que permitan rastrear la presencia de este espacio como centro generador de conflictos dramáticos, a pesar de la reconocida tradición alcohólica del chileño. Quizás esto implique mencionarse en problemáticas en cierto sentido "a-históricas", o, también, en dificultades inherentes al desarrollo de personajes que, la mayoría de las veces, se encuentran condicionados fuertemente por su propia realidad —o irrealidad, en rigorosas afirmaciones— y vivida de esta manera si- tuaciones límites, al borde de una cuerda demasiado floja. Como referencia concreta, hace algunos años se estrenó *Paul contra Paul*, del dramaturgo Jorge Díaz, obra cuyo primer acto transcurrir en la barra imaginaria de un "pub" en vez de jugar se encuentran *Pedro y Natividad*, dos seres aborridos y desahuciados de la vida, que buscan únicamente una tibia de salvación para no hundirse en el vasto abismo, que llevan, en el fondo, a alguien que los escuche sus problemas.

También en *Gente de Bar* encontramos una serie de individuos que, paralizados tras un vaso de alcohol o directamente tras una botella, llegan a ese lugar con el fin de olvidar un problema casero o "crisis" liberadamente unas horas de fraternal compañía. En todo caso, independiente de cada una de esas vidas que tienen motivos con- cretos para comportarse de la forma en que lo hacen, "todos ellos tienen un sig- nito común: rechazan por la pendiente saturada de alcohol que, finalmente, los lleva a perderlo todo: su trabajo, su hogar y, tal vez, su propia vida", según declara el autor del texto.

La historia se resuelve en tres esca- dos, con un tiempo de acción de, apro- ximadamente, un mes y medio. Este lapso es suficiente para interiorizarse de ciertos problemas específicos como de la resaca, en algunos casos pa- tética, de los mismos. Junto a ello, hay que tener en cuenta el llamado tiempo de la fábula, que tiene relación con las historias anteriores de estos individuos —de dramatización— que determinan o afectan sus actuales problemáticas. Pe- ro, además, hay que destacar otra pa- radójica que se perfila en el contexto de la obra y que tiene la virtud de situar en la historia contemporánea chilena, re- peticionalmente al comienzo de la década de los ochenta, período en el cual trans- corre la obra. En este segundo caso, a través del humor y del desenfado del lenguaje, no sólo se alude a ciertas ha- bitas contraproducentes del llamado "boom económico" como, fundamentalmente, el autor se sitúa en una posición crítica ante un hecho que tuvo mala recep- ción que deteriora. Una visión, si no profunda, por lo menos escizante e in- taginadora. La construcción de *Carpeño*, hijo de *Carpeño*, así un país de ha- bitos y finanzas, la resaca, son al- gunos de las variantes usadas a relatar por estos personajes. A la par, otras que ayudan a ampliar el espectro de es- ta visión, la situación de la televisión, la *Puñal Gato* ("la televisión más barata de Chile"), el toque de queda, el caso de los alcoholistas de la Quinta Región, el mes.

Pero, en definitiva, lo que conta-



Patricio Acharra (Ernesto) y Jorge Gajardo (el psiquiatra), dos personajes re- conocidos en el obra de Gerardo Werner.



Luis Wipondsky (Poncho) y Patricio Acharra (Ernesto) conviven la mujer des- de películas en "Gente de Bar".

loro es la angustiosa realidad de estos "víctimas del alcohol". En general, la mayoría son profesionales (psiquiatra, arquitecto, contador auditor, abogado) de cierta competencia y que, más allá o por, sufren la actual coyuntura eco- nómica. Ello lleva tras de sí, según la postura ideológica que se desea enfati- zar, una diferente resolución —sig- nificativa que sólo a nivel distanciado— a la que cada uno de ellos plantea como la única específica del mal momento. En ese punto, entran a jugar otros elementos que profundizan la grieta abierta en esas vidas, elementos que tienen su mejor síntesis en la visua- lización del núcleo familiar. Por eso, las historias de Poncho (Luis Wipondsky) y Ernesto (Patricio Acharra) son las que contienen una mayor densa de pa- ratetismo y, a nivel de montaje, de do- dramatismo: después de 23 años de matrimonio, Poncho es abandonado por su mujer y causa de su alcoholismo ("el olor a trago se me filtra por los poros"); desde ese momento, ya para él nada tiene sentido, sólo piensa en el suicidio y, al final, encuentra la muerte al chocar su automóvil con un bus.

Ernesto, por su parte, tiene una hi- sta enferma (esquizofrénica) y encuen- tra, pasajeramente, en Margot (Gloria Lazo) —una mujer a la que conoce en el bar—, una vía para escapar a su do- lorosa realidad, pero se hunde en esta relación y sólo el alcohol será, a fin de cuentas, el único elemento que lo que- da, pues también es mujer lo abando- na.

Las otras historias sirven tanto de refuerzo como contrapunto a las dos anteriores: el "Indio" (Pedro Villa- gón), tras un tratamiento, deja el trago pero, ante la desgracia ocurrida —muerte de Poncho—, vuelve a las an- tiguas andanzas; Pedro (Alberto Cha- cos), perteneciente a la llamada "ar- tística chilena", vive de pequeños; el último es construido un Carlos en Ba- nos Años pero, como siempre, también le falla ("¿quién puede hacer un piano decente con cinco whiskeys adentro?"), el psiquiatra (Jorge Gajardo), un per- sonaje cuyo sentido es bastante dis- cutible en relación con el supuesto papel indagatorio que se le atribuye, soca- tado más que nada de recibir una aten- ción médica; Raúl (Luiso Arce), con un defecto físico que lo hace vulnera- ble ante los demás; Miguel (Jorge Ma- drid) y el Nene (Reto Pantoja), otros dos personajes que sirven, más que na- da, para que la barra sea más memo- ra. Finalmente, Carlos (Alberto Pirri) es el barman, y, generalmente, un bu- buscado motivo.

A pesar del heterogéneo desarrollo de los personajes —un problema a ni- vel textual que tiene relación con una práctica dramática más en ciernes—, la dirección de Jaime Vadell logra, en tér- minos generales, dar el ritmo adecuado a las situaciones que, en lo fundamen- tal, establecieron los puntos temo- niales de la obra. A su vez, la escenografía

de Susana Burchill impacta desde un comienzo: tonos azules que le confieren al bar una atmósfera elegante y espesa que sirven para reflejar no sólo una rutina congelada por una alergia violenta sino vidas que, día tras día, se perfilan de manera distinta. En todo caso, con respecto a la ilumi- nación, se echó de menos un diseño ma- yor para diferenciar lo que, en ese mo- mento, se vive en la barra y en las me- sas. Los actores mantienen un nivel pa- ralelo —sorprendente, eso sí, a las des- gracias las manifestaciones de sus personajes—, lo que los hace ser conscientes con esa "espirit" de camaradería que debe reinar, pese a todo, en el bar.

Gente de Bar es una obra que, tras una inicial catálisis por lo sumario- tico de algunas situaciones, hace reflec- sionar sobre una problemática de por sí angustiosa. Nada menos que un tra- go demasiado amargo.

Eduardo Guerrero.

"Gente de Bar" [artículo] Eduardo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero del Río, Eduardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Gente de Bar" [artículo] Eduardo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa